

## LA SONRISA DE MANDELA.



Con la muerte de Mandela hemos visto cómo la atención mundial se dirigía hacia su enorme carisma y hacia su habilidad para conseguir lo inalcanzable: que las dos partes de un país dividido, no ya sólo en conflicto sino en lucha abierta y sangrienta, fueran capaces de escucharse y aceptarse, algo que muchos consideran un “milagro”. También se ha hablado, como él mismo dijo, de que su “secreto” había sido tender la mano a su enemigo y tratar de acercarse a él.

La actitud de Mandela de tender una mano al enemigo es algo que todos admiramos profundamente, dada precisamente la dificultad que tenemos de lograr algo así en nuestras vidas, y por otro lado dada también la necesidad que tienen de ello nuestras sociedades actuales, tanto en occidente como en oriente, tan dolorosamente desgarradas por todo tipo de cuestiones: políticas, económicas, raciales, religiosas, de género...

También se ha hablado de la hipocresía de los políticos, pues la mayoría de quienes han elogiado su postura mantienen precisamente actitudes totalmente contrarias a las de Mandela. Hemos visto en todos los informativos cómo jefes de estado, que nos están demostrando en sus políticas día a día su actitud de negar y aplastar a sus contrincantes, se deshacían en alabanzas hacia el gesto integrador y conciliador de Mandela, por eso sospechamos que, lamentablemente, a partir de su muerte, la figura de Mandela podría quedar como una imagen lejana y casi sagrada que logró unir a Sudáfrica por medio de un gesto sin igual en la historia, pero si el “secreto” se va a la tumba con él, o el “milagro” desaparece con su presencia, de poco nos servirá más que como un “ejemplo” que nos seguirá fascinando por su virtud, pero nos dejará perplejos por la dificultad que conlleva estar a su altura. Entonces, lo peor que puede ocurrir es que se convierta en un ideal lejano cuyo camino es intransitable y cuya meta inalcanzable.

Y es que en realidad quizás Mandela no tenía ningún secreto, ni ha ocurrido ningún milagro. Tal vez Mandela simplemente fue capaz de vivir hasta las últimas consecuencias lo que en psicología analítica se conoce como “*la integración de la sombra*”, el descubrir al enemigo en uno mismo, comprender que todos tenemos un “otro” oscuro que no queremos confrontar y al que sin cesar proyectamos fuera de nosotros en un enemigo externo, odiado, temido y despreciado... y a partir de ahí, el trabajo psicológico de integración solamente se podrá resolver en “*la retoma de la proyección*”, es decir, en descubrir que las cualidades negativas que odiábamos no estaban en un “otro” exterior proyectado, sino que estaban en nuestra propia psique, y allí eran desconocidas y negadas para el “yo consciente”, por lo tanto, allí tendrán que volver, y allí es precisamente donde habrá que “tenderle la mano” al enemigo.

En su prisión forzada, Mandela hizo el esfuerzo de conocer a la única representación que tenía a su alcance de su enemigo exterior, es decir, a sus carceleros, y al descubrir su humanidad empezó a comprender que en el “otro” exterior no estaban aquellas cualidades negativas que él suponía. Comprendió que no era a su “enemigo” blanco, a quien hasta entonces odiaba, a quien tenía que combatir, como explica en su autobiografía, sino al mismo racismo, es decir, al racismo interior. Eso ya es un ejemplo de volverse hacia su “enemigo” interior, encontrarlo dentro y combatirlo dentro. A esto le llevó la soledad de su encierro, y su actitud posterior de abrirse humanamente, interiormente, a la realidad que estaba sufriendo. Solamente así se puede superar la inmediatez primitiva de proyectar la propia “*sombra*”, el adversario interior, en el “otro” exterior.

Seguramente no podremos nunca saber hasta qué punto Mandela encontró conscientemente, dentro de sí, a su propio enemigo y hasta qué punto pudo integrarlo, pero sí es evidente que ese fue su camino, pues eso es lo que le llevó a descubrir su propio odio injustificado por aquellas personas que eran tan humanas como él, y pudo ver que los blancos no eran los únicos portadores de todas esas cualidades negativas, sino que esas cualidades negativas estaban incluso en su propia alma, reprimidas y encubiertas y por lo tanto proyectadas en su odio al “otro”... La realidad de su proceso interior, de cómo vivió su transformación, desde el odio al perdón, es algo que podemos vislumbrar un poco en su autobiografía, pero los efectos externos, tan evidentes, nos hacen ver que, en sus 27 años de encierro forzoso, de soledad y de introversión, pudo llegar a un conocimiento interior que le hizo dar un paso auténtico y transformador, un paso que le llevó hacia una relación con un exterior que ya no estaba contaminado con la proyección de su propia “*sombra*” y cuyas atrocidades es posible

perdonar cuando se comprende hasta qué punto todos estamos atrapados en este juego de proyecciones y culpabilidades. Sólo al romper este juego, es posible empezar a transitar el camino del eros como una nueva base de relaciones.

La eficacia auténtica del perdón es, paradójicamente, el hecho de que el perdón no se ha dirigido tan sólo y directamente hacia el exterior, sino que primero ha pasado por perdonar a ese enemigo interior que se ha conseguido aceptar dentro de uno mismo... sólo así se puede realmente “perdonar” al enemigo exterior, al “otro” exterior. La reconciliación es primero una reconciliación interior con la propia sombra, y tender la mano al enemigo pasa primero por tender la mano a ese enemigo interior que ahora descubrimos en nuestra propia psique... todos los logros en el exterior, para ser realmente auténticos, primero han de ser logros en el interior, y eso es seguramente lo que consiguió Mandela.

Jung comprendió esto y nos dejó un legado fundamental al explicarnos en diferentes escritos que la integración de la *sombra*, algo tan desagradable y que todos intentamos evitar, es precisamente el primer paso en el camino que nos lleva hacia conseguir la síntesis de la personalidad y acercarnos a nuestra totalidad. Pero para integrar la sombra hace falta tener una altura ética muy elevada. Si realmente se consigue, como parece que lo consiguió Mandela a lo largo de sus años de prisión, -de su encierro forzoso en sí mismo-, el efecto que esto produce puede irradiar alrededor... porque la verdad interior no permanece encerrada, sino que suele alcanzar a cuantos están alrededor, y entonces ya no hay que esforzarse en intentar convencer utilizando todo tipo de artimañas y mentiras, no hay que hacer proselitismo, no hay que enredar ni engañar... simplemente la verdad interior se deja sentir... ahí está su capacidad de convicción, el “milagro” de Mandela.

Es cierto que la cárcel fue una realidad injusta y dolorosa para Mandela, pero a la vez es una imagen simbólica de esa necesidad de volverse hacia adentro y buscar allí la respuesta a esas preguntas que normalmente se buscan en el exterior: se trata de mirar hacia adentro, y eso es una necesidad insoslayable para comprender dónde están nuestros verdaderos enemigos, nuestros opuestos y nuestros adversarios... Cuando uno consigue hacer esto en el interior, entonces seguramente es fácil, como hizo Mandela, tender una mano al adversario exterior, puesto que ya se ha confrontado y aceptado interiormente.

Esto es algo que Jung explicó y repitió una y otra vez en todos sus escritos, implícita y explícitamente, con todo lujo de detalles. Un ejemplo de esto lo encontramos en el Libro Rojo, donde Jung habla precisamente de ir al encuentro del otro interior, y sus palabras, en estos días, se convierten en algo que nuestras sociedades necesitan tanto como el aire....

Por eso, en el Libro Rojo, en los capítulos de la Locura Divina, podemos leer:

*“Pero aquel que va hacia lo uno y no va también hacia lo otro por medio de aceptar lo que viene hacia él, simplemente enseñará y vivirá lo uno y lo convertirá en una realidad. Pero él se convertirá en su víctima. Cuando vas hacia lo uno y consideras a lo otro que se acerca a ti como a un enemigo, pelearás contra el otro. Lo harás así porque eres incapaz de reconocer que el otro está también en ti. Por el contrario, crees que el otro viene desde el exterior y crees que también lo ves en las acciones y las opiniones de las personas que se enfrentan a ti. Así peleas con el otro y estás completamente ciego.*

*Pero aquel que acepta lo que se acerca a él, porque está también en él, ya no lucha ni pelea, sino que mira dentro de sí mismo y calla.*

Creo que estas palabras de Jung nos dan la clave de un camino duro y difícil, que ni busca el aplauso ni el reconocimiento, pero cuyos frutos podemos ver en algo tan simple y tan sanador como el eros que irradia de la sonrisa de Mandela.

*María Mora Viñas.*

*Valencia. Diciembre 2013*